

TEORÍA Y PRÁCTICA EN LA VIVIENDA MADRILEÑA DE LOS AÑOS 50

Antón Capitel

¿Puede hablarse, verdaderamente, de teoría y práctica en la arquitectura de la vivienda madrileña de los años 50 si nos limitamos a los casos de los proyectistas autores de los modelos más celebrados, y más allá de lo que significaba el deseo de superación del academicismo y el triunfo definitivo de las ideas y los esquemas modernos?

Resulta evidente que, por parte de arquitectos como Cabrero Torres-Quevedo, como Fisac, o como Sáenz de Oiza, la arquitectura se ejercía muy lejos de la tradición o del automatismo de la artesanía profesional, pues éstas habían sido puestas en duda por la revolución moderna, como es bien sabido, lo que obligó a los proyectistas a trabajar pensando, digámoslo así: obedeciendo, pues, a una cierta reflexión, a una cierta ‘teoría’.

Esta teoría era, en su mayor parte, ajena, pero, en alguna medida, era también propia, producto del autodidactismo. Al pretender asumir los principios modernos en contra de la anterior generación que los había negado, los arquitectos citados, y aquellos otros que pueden reconocerse en ellos, adoptaron en buena medida la postura de ‘pioneros’ que significaba la modernidad. Esto es, la postura fundacional, de partir de cero, que correspondía a una revolución radical que se cimentaba todavía sobre la mentalidad romántica y que, así, volvía al origen como medio de pensamiento. Según esa mentalidad era preciso romper con la historia de modo definitivo y partir, para todo, de bases nuevas.

¿Cuáles eran esas bases? La teoría era, pues, imprescindible y en gran parte, como hemos dicho, debía llegar del extranjero y de décadas pasadas. Pero el anacronismo de la revolución española moderna y la lejanía de su origen reforzó también el grado de autodidactismo, de autonomía, que la mentalidad moderna propiciaba y que los maestros habían, de hecho, practicado. La arquitectura moderna era un invento de las vanguardias, luego la arquitectura española moderna, podía, y casi debía, ser un invento de las ‘vanguardias’ nacionales. Pero también es importante esta última palabra, porque es necesario no perder de vista que los ‘pioneros’ españoles eran nacionalistas, incluso políticamente hablando, y, en este sentido, como en otros, participaban de la mentalidad tradicional.

Pero, a la postre, el pensamiento de los arquitectos fue personal, aislado. Autodidactas en gran modo, autónomos en cualquier caso, cada uno de ellos tuvo su propio camino, y sus coincidencias fueron más un producto de las circunstancias que de las voluntades.

Los casos citados son suficientemente significativos para que podamos tenerlos como arquetipos. Veamos algunas cuestiones en torno a ellos.

1. FRANCISCO CABRERO

Francisco de Asís Cabrero y Torres-Quevedo era una personalidad tan cerrada y autónoma que parecería próxima al autismo, aunque esta apreciación sea en realidad casi toda apariencia, pues pueden rastrearse en él bastantes influencias que nos permiten entender las fuentes de su modo de pensar, de su ‘teoría’, incluso a pesar de que su experiencia en vivienda fuera, sobre todo en esta época, muy limitada. Pensamiento que alguna vez, y aunque fuera de modo tangencial, fue puesto por escrito, pero nunca con la suficiente intensidad ni mucho menos sistemática que hubieran sido necesarias.

Antes de 1950, Cabrero expresó su admiración por la arquitectura italiana del final de la época de Mussolini, pues tuvo la fortuna de que coincidieran sus filiaciones ideológicas con la cercanía con el racionalismo ‘metafísico’ y duro de las obras de los arquitectos jóvenes (Libera, Lapadula) del EUR romano. En la vivienda, esta manera fue reflejada en una gran obra inmediatamente anterior a la época, el bloque Virgen del Pilar, en Madrid (1948). Pero, bajo la atractiva figuración, tan propia, puede verse con claridad el seguimiento de las disposiciones modernas de las viviendas en dúplex servidas por corredor, en las que ha de verse, a mi entender, una intención de llevar a los edificios colectivos las virtudes de la vivienda unifamiliar, parte bien importante del mensaje de los maestros modernos, singularmente de Le Corbusier, y de los arquitectos alemanes de la ‘nueva objetividad’. El incipiente *nuevo Madrid* de aquellos años todavía permitía tener por buena una tal utopía, que no será acompañada por el desarrollo aún pendiente de las zonas ahora centrales y entonces en el incompleto ensanche.

Que la construcción era el lenguaje de la arquitectura es un contenido que queda patente en ellas, pero la influencia teórica ha de ser compartida entre el mensaje propio del movimiento moderno y el de la ‘tradición española’ según la versión de Luis Moya, ascendencia probada de forma obvia en el uso de las bóvedas tabicadas preconizado y explicado por éste.

Cabrero cree con Moya tanto en esta identidad entre construcción y arquitectura como en la validez de la tradición, y, así, los del Escolasticado de Carabanchel y de las viviendas abovedadas de Usera le ofrecieron el camino por el cual expresarse de modo más radical y conseguir que algo genuinamente moderno permaneciera fiel a la tradición. Me parece que es muy importante esta simultaneidad de mandatos, moderno y tradicional, para entender el convencimiento de Cabrero, capaz de sentirse en el centro mismo de una modernidad ‘española’, nacional.

Las obras concretas eran para Cabrero fundamentales, pero la palabra –la teoría– también, siempre que su éxito se viera refrendado por aquéllas. Que tuvo que escuchar y leer a Moya es para nosotros evidente. Pero, ¿qué más leía Cabrero al respecto, si es que leía algo más? No lo sabemos, y es importante completar que el hecho de la tradición, si tenía el contenido más amplio que le hemos dado antes, alcanzaba también otro más restringido, pero enor-

mamente operativo, el seguimiento de las mejores tradiciones profesionales de vivienda, al respecto del cual citó al bilbaíno Emiliano Amán, y en el que ha de incluirse también la gran admiración por Zuazo que compartía con la inmensa mayoría de sus compañeros, probada por la realización de un bloque con muros de carga; esto es, con la decisión técnica de la “Casa de las Flores”. Pero ha de advertirse que este concepto último de seguir la ‘tradicción profesional’ es precisamente el que más se opone a toda teoría.

Lamentablemente, Cabrero construye muy pocas viviendas colectivas en los años 50. La más importante, casi la única, fue el edificio en esquina en la calle de los Reyes Magos, en Madrid (1956), de carácter burgués, en el que permanecen las ideas de bloque compuesto por la suma de viviendas unifamiliares y la de la identidad entre construcción y lenguaje, ahora llevada por caminos modernos tan convencionales como plásticamente logrados.

2. MIGUEL FISAC

Miguel Fisac Serna tampoco construyó más que una obra de vivienda en los años 50, aunque suficientemente significativa, las Viviendas Experimentales de Renta Limitada en Puerta Bonita, Madrid (1956), dentro de las grandes operaciones estatales de entonces.

Es éste un proyecto curioso por la mezcla de referencias que contiene. El arquitecto destaca en sus publicaciones la construcción realizada con unos bloques de patente suiza, revelando así como en parte de sus intenciones -de su ‘teoría’- estaba la industrialización. Los edificios siguen en cierto modo lo que Cabrero llamaba ‘la planta de Amán’ -sala de estar a dos luces y que sirve de paso- y, así, significa también el seguimiento de las tradiciones profesionales como oposición a la teoría; y, de otro lado, la construcción en muros de carga, pero obteniendo ‘plantas libres’ puede ser acaso una referencia a Zuazo, lo que redunda en las tradiciones citadas.

Los bloques de viviendas pueden definirse como ‘realistas’ tanto en lo que hace a su comportamiento frente al terreno, con un resultado pintoresquista, como en el moderado aspecto, que mezcla las cubiertas a dos aguas con los ventanales racionalistas y con la expresividad de los muros portantes. En todo ellos hay una clara voluntad de intenciones: seguir la idea de relación entre construcción y arquitectura, tan tradicional como moderna, pero en ambos casos voluntaria y decidida y, así ‘teórica’, diríamos; y la deliberada práctica de una estética mestiza, vernácula y moderna, con tal intensidad que toma la fuerza de una declaración de principios.

3. SÁENZ DE OIZA

Algunos años más joven que los anteriores, Francisco Javier Sáenz de Oiza fue, como es sabido, un arquitecto muy dedicado a la vivienda colectiva durante los años 50, la mayor parte de las veces con carácter social.

Justo antes de la década, en 1949, realizó un edificio de viviendas en el ensanche madrileño (Fernando el Católico, 47), que permite compararlo con el

bloque Virgen del Pilar de Cabrero, de la misma época. Como volumen urbano, Oiza sigue las tradiciones profesionales de la construcción del ensanche, e incorpora las modernas tanto en el tratamiento de las plantas y en el grafiado compositivo de las fachadas. Mezcla así tradición y ‘teoría’.

Con el poblado de absorción Fuencarral A (1955) inició un ajustado proyecto de un tipo de vivienda unifamiliar de dos plantas y en hilera, con el que seguiría insistiendo en el Concurso de Viviendas experimentales (el mismo que Fisac, construidas en Carabanchel, 1956), y en el Poblado Dirigido de Entrevías (1956).

En todas ellas se ensaya un mismo tipo de vivienda muy ajustado y su factura parece ponerse en línea con las ideas de *L’Habitation minimum* del 2º CIAM y de los modelos planimétricos expuestos en Frankfurt.

Pero la ideología del mínimo y la consecuente actitud de búsqueda de la disposición más económica y más aprovechable posible tomó en estos ejemplos un valor extremo, como si se tratar de un seguimiento estricto de los presupuestos de dichos eventos.

Pues, en efecto, el ajuste de las dimensiones de dichas hileras llega a sus más dilatadas consecuencias, planteándose el proyectista conseguir una anchura máxima de 3,50m. en el caso de Fuencarral A, pero que se corrige a 3,60 en los más canónicos y conseguidos casos del Concurso de vivienda experimental y del poblado de Entrevías.

Sáenz de Oiza se plantea en todos los casos la vivienda mínima para 6 personas y decide darles tan escasa anchura por ser favorable para el coste de los forjados y por constituir la medida mínima para situar dos habitaciones de 2 camas cada una puestas en prolongación. El espacio restante en el lado opuesto, ocupado por una habitación de matrimonio, cede dimensión, en el caso de Fuencarral, a un armario y a la escalera, en disposición longitudinal; en el del concurso, al baño, con la escalera transversal, y el de Entrevías –más perfecto que el de Fuencarral y más ajustado que el de Carabanchel- a un armario.

Oiza actúa aquí al modo de un racionalista radical de la época de las vanguardias, tanto que se diría que pretende superar sus obras armado con la misma ideología. Esto es, con la misma teoría.

Pero si esta teoría es la de la racionalización de la construcción, del funcionalismo absoluto y del mínimo existencial, en cuanto al pensamiento acerca del conjunto -de la ciudad- las ideas del proyectista no son tan sencillas, y no se refieren ya a los mismos intereses que los de las vanguardias. Tanto para Entrevías como para el ‘Proyecto *Horizonte* (1957), ciudad satélite de Madrid, se propone una ciudad nucleada en varias escalas y la fidelidad a los principios modernos se comparte con lo que podríamos llamar ideas orgánicas y, más concretamente, con el concepto de ‘cluster’ de los Smithson y otros principios afines al “Team X”, que se transparentan con tal claridad es estas propuestas urbanas que nos permiten entenderlos como conscientes y voluntarios.

La Unidad residencial Loyola (Madrid, 1957) y el barrio de Batán (Madrid, 1958) son propuestas limitadas y realistas de conjuntos menores,

pero que siguen en sus disposiciones urbanas principios pintoresquistas, de unión a la topografía, y de disposición orgánica y no racionalista, si bien los tipos de vivienda continúan atados a la más estricta radicalidad, nada exenta de talento. Y, sobre todo en el Loyola, la intención orgánica se lleva por una vía realista y casi vernácula que hace del barrio un producto tan ecléctico como intencionado y, así ‘teórico’, si por tal entendemos la consciente ligadura a presupuestos mentales muy intencionados.

Aunque es de notar que el deslizamiento de Sáenz de Oiza hacia una vertiente orgánica que llevará con el tiempo a su carrera por caminos muy distintos, tiene su origen en el racionalismo radical y en la importancia de la técnica. Sáenz de Oiza dio importancia enorme no sólo a la racionalidad constructiva, sino a la presencia de las instalaciones en la arquitectura, consideración que le llevó a sublimarlas, en cierto modo, y a anticipar así las tesis de Reyner Banham. Las instalaciones eran para Oiza los ‘vasos’ del edificio, tan importantes para él como si se tratara de un ser vivo, lo que le llevó finalmente por caminos más próximos a Wright que a la vanguardia tecnológica que glorificó Banham.

Pero es que las ideas, la ‘teoría’, de los pioneros de la arquitectura española moderna, tuvo que ponerse también al servicio de una recuperación cultural que exigió más riqueza y diversidad arquitectónica que coherencia teórica.